



CUBA





LA HABANA:
UNA UTOPIÍA IRRENUNCIABLE.

Eusebio Leal Spengler



La Habana es un estado de ánimo, una sucesión de sorpresas y nostalgias, más cuando todo parece detenido en el tiempo y está cubierto de un velo fino y delicado, rasgado por el amor y la vida azarosa de los que la habitan.

En esa dinámica jamás interrumpida convivimos, sintiendo la alarmante quiebra de los muros, el dolor de cada una de sus heridas como si fueran nuestras, y aún, a pesar de todo ello, creyendo con firmeza que para esta ciudad con nombre de mujer no habrá muerte ni olvido. Siempre creí —y creo— que resulta imprescindible mantener la alegría y la esperanza; que hace falta esa otra fuerza infinita, poderosa, incontrastable, que es la relación de amor que se establece entre el amador y el objeto amado, en este caso La Habana, la ciudad bella que nos sorprende con su mundo interior, con su extraña espiritualidad, con su intensa mezcla de culturas y civilizaciones, que a lo largo de este tiempo hicieron del ardiente Caribe una especie de nuevo Mediterráneo americano.

Esta ciudad, como otras, es el resultado de la obra creadora del hombre y fue construida a expensas de la naturaleza, en un territorio que en los albores de la colonización española era un bosque florido.

La comunidad humana que habitó estos parajes hace centurias, halló refugio seguro al amparo de las espléndidas colmas y de las cuevas, ante una de las cuales, en sitio no muy distante de la capital, los arqueólogos han encontrado un cementerio aborígen. Gozaron de los frutos que por doquier brindaba la floresta y usaron las caracolas de la mar, así como las piedras marmóreas de los cauces y márgenes de los ríos, para tallar objetos utilitarios. Nos dice fray Bartolomé de las Casas que la jutía (*capromys*), pequeño mamífero criollo, podría haber saltado de rama en rama desde el cabo occidental de San Antonio hasta la Punta de Maisí, en el extremo oriental.

Cristóbal Colón, primer y agudo geógrafo de nuestra isla, describe el paisaje sugiriendo analogías con otros panoramas naturales por él conocidos. Lo cierto es que esa realidad idílica y paradisíaca cedió al tiempo, pues la tala debió hacerse para construir casas de vivienda, iglesia y fortaleza, y también para la construcción naval, que con el tiempo llegó a ser un próspero empleo de la

gente de La Habana, al punto de erigirse en el seno de la bahía un astillero de la Corona española.

Los indígenas ofrecieron a los recién llegados el modelo de sus casas: bohío, caney, bajareque... hechas con madera de palma, de la cual se obtenía también la yagua, corteza vegetal que en lo alto del tronco protege el follaje y lo sustenta. Sirve su fruto, el palmiche, para dar de comer a los animales, y el guano de las grandes pencas, para cubrir el techo.

Luego sobrevino el choque inevitable entre los europeos y los indoamericanos, dado, si se quiere, por el hecho elemental de que los primeros poseían conocimientos tecnológicos en algunos casos superiores, caracterizados por la mayor efectividad de sus armas y la aparición desconcertante del caballo y de especies de perros, como los mastines y lebreles, de resistencia y agresividad inusitadas. Fue el prólogo de una conflagración donde la rueda, la pólvora, el acero y el caballo asumieron súbitamente el carácter de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Cuando he llegado a lejanas comarcas de nuestro continente, sobre todo cuando lo hice por primera vez, resultó intensa y sumamente indeleble la impresión causada por los pueblos indoamericanos de Guatemala, México, Perú y Brasil. Sus descendientes viven hoy en el universo impar de sus colores, sumidos en su extraña ingenuidad y en dramático contraste ante el vertiginoso desarrollo de nuestro tiempo, contemplando con amor y con rabia su infortunado destino, contenidos en un solo cuerpo, en una sola naturaleza.

En el quehacer intelectual —raíz, fortaleza e identidad del pensamiento cubano—, se impone la necesidad de la historia como sistema, y de que no es posible acceder al futuro sin el pasado.

Desde la aurora de los tiempos hasta hoy, sucesivas generaciones contribuyeron a inventar la ciudad en que vivimos. Bajo el sol radiante y la atmósfera húmeda del trópico fue creada, fue inventada en cada rincón, en cada ámbito, para el hombre.

Ninguna inspiración ni modelo pudieron trasladarse mecánicamente a este rincón del planeta, donde al conjuro del clima y la naturaleza se transforman el hombre y las cosas.

La Habana colonial es uno de los grandes tesoros artísticos de América. Síntesis de los estilos constructivos imperantes en la península ibérica, particularmente en el sur, que ejerció una poderosa influencia en el carácter de la arquitectura y las costumbres de la Isla, ofrecía al que la viese por primera vez, un marcado contraste que otorgaba un encanto singular al conjunto monumental habanero. Y es que al ingresar a este sugerente ambiente, somos llevados a una edad indefinida donde están alzados, con loable sacrificio, los signos de identidad de una nación que vive desde dentro.

Pero más allá de sus antiguas murallas y bastiones la ciudad creció, ocupando los campos vedados y feraces, y convirtiéndose en la metrópoli actual, en la cual habita la poesía, la promesa de eternidad que le dio sentido a todas y cada una de las generaciones que fueron modelando sus espacios urbanos, sus monumentos, sus calles...

En 1982, durante la sexta reunión del Comité Intergubernamental de la Convención del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural —que se celebró en la sede de la UNESCO del 13 al 17 de diciembre de ese año—, el Centro Histórico de La Habana y su sistema de fortificaciones fue inscripto en el Índice del Patrimonio Mundial con el Número 27.

Entonces era tan complejo el panorama que nos deparaba la precariedad de la ciudadela habitada, que sería un acto de vanidad afirmar que nosotros la hemos restaurado. Más bien ella, La Habana Vieja, contribuyó decisivamente a modelar el carácter y el estilo de nuestro quehacer, nos indujo a preservar sus monumentos y demás tesoros patrimoniales contra la desidia de los hombres y el tiempo.

Fuimos formados en el rigor de la arqueología, arquitectura, museografía, archivística, bibliotecología..., entre otras múltiples disciplinas de las ciencias sociales o de la historia del arte. Asimismo, ejercimos diversos oficios: carpintería, albañilería, vidriería, cantería... y, por un largo período —desde 1967 hasta 1993— nuestro único «campamento» fue el antiguo Palacio de los Capitanes Generales, hoy Museo de la Ciudad, el cual fundamos siguiendo las huellas del doctor Emilio Roig de Leuchsenring, mi predecesor en el cargo de Historiador de La Habana.

Hacia los años 40 del siglo XX, Roig de Leuchsenring inició la lucha porque la conservación del patrimonio histórico-artístico cubano fuera legislada constitucionalmente, antecediéndose a muchos países de Iberoamérica. Por circunstancias del destino, correspondió a un servidor darle sentido de continuidad a su labor y, de paso, contribuir a que uno de los primeros sitios declarados joya del Patrimonio mundial perviva en su condición de ciudad portuaria, abierta a centenares de miles de visitantes que, desde todas latitudes, la descubren anualmente.

Lejos de estar conforme, o pensar siquiera que todo ha terminado, me inquieta cuanto queda aún por hacer, si bien reafirmo mi convicción de que sólo podrá conservarse lo construido y soñado cuando se mantienen la voluntad política, la tenacidad y la férrea determinación de no ceder ante las dificultades materiales o subjetivas.

Ello sólo ha sido posible en el marco institucional y con las prerrogativas jurídicas y administrativas que el Estado cubano nos otorgó en el acto de suscribirse, el 30 de octubre de 1993, el Decreto Ley 143, resultado de una acumulación previa de experiencias tangibles que el Jefe del Estado, Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, pudo constatar durante sus visitas al Centro Histórico, a título personal o con invitados de diversas latitudes del mundo.

No fue un acto fortuito, ni un favor nacido de su afecto, ya que esto último —a más de ser ajeno a su carácter y proceder— no tendría valor de ejemplaridad. Más bien su propósito era dar prueba irrefutable de que la Nación, que ha prodigado los dones de la cultura en todos sus órdenes, era capaz de salvar el patrimonio espiritual y la memoria histórica de nuestro pueblo.

De esta manera, la vieja Habana podía convertirse en un laboratorio de ideas donde experimentáramos la formación integral de varias generaciones de cubanos, incluida la calificación de los jóvenes restauradores en las diversas artes y oficios, junto a la indagación historiográfica, arqueológica, sociocultural... todo ello, tomando las experiencias mundiales como referencia. He escuchado decir que el proyecto de restauración de La Habana Vieja es romántico, idealista... Si así fuera, no hemos de sentir vergüenza, pues pobres de aquellos

que excluyan a la poesía en cualquier acto creador. Ya decía José Martí: «La poesía que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquella les da el deseo y la fuerza de la vida».

El subdesarrollo no genera memoria, sino soledad y desesperanza. Produce la sensación de que siempre hay que comenzar de nuevo y de que sólo algunas instituciones o individuos se salvan de esta ley fatal inexorable. La virtud y la inteligencia —unidas ambas— han de guiarnos en la necesidad de volver a indagar en la historia para reencontrar lo que ya antes fue descubierto.

Nuestro tesón nos ha granjeado el mérito y el reconocimiento de que se considere, como una experiencia singular a nivel internacional, el modelo de gestión integral para la rehabilitación del Centro Histórico habanero y su sistema de fortificaciones. Y consiguientemente, ello ha facilitado la disposición generosa de no pocas naciones, gobiernos regionales o autonómicos, agencias de cooperación, organismos

internacionales y personalidades de todo el mundo. Nuestra carta de presentación no ha sido jamás la promesa, sino exponer los resultados.

La rehabilitación de La Habana Vieja —y uso ex profeso este concepto más amplio y abarcador— se inscribe en la memoria del humanismo moderno. Este es un proyecto ético, un proyecto que nos trascenderá y que tiene que vivir más allá que nosotros.

No es un empeño constructivo, es en primer lugar un empeño de la cultura; el mérito de esta obra está en que las riendas de ese corcel desbocado de urgencias y necesidades las lleva la cultura con su poder regenerador, con su visión de paz y concordia para todos los hombres.

¡Cuán bello es cincelar día a día los rasgos de identidad y forjar nuestra propia historia, singularidad y carácter! En esta dimensión habita la cultura, como ave del Paraíso.

Otros habrían derrumbado de una vez los vetustos edificios, se habrían resignado a la pérdida, pero en la mayoría de nosotros ha prendido ese sentido



Ilustración 1. Detalle del antiguo Palacio de los Capitanes Generales. Antes y Después.3)

de preservación de una identidad que nos define y enorgullece.

Pero ninguna labor es tan ardua como la de todos los días. Más allá, sólo está el consuelo —a veces mínimo— de lo que se culmina. Nos ha costado mucho trabajo; nadie debe suponer que la singularidad se puede pensar y vivir de manera fácil.

Para esta obra observamos todas las experiencias, tanto las europeas como las latinoamericanas, o las que se hacen en otros lugares del mundo; la nuestra no tenía que ser diferente, sino coherente con las circunstancias. No fuimos formados intelectualmente para la visión global del problema, que siempre se veía desde la arquitectura, desde las ciencias sociales, desde la antropología, desde la arqueología... Sin embargo —como señalé antes—, tenemos la certeza de que esa promesa de perennidad de valores, que son también morales y espirituales de la nación cubana, descansa en la cultura.

Lo más complejo ha sido reunir todos esos elementos, compatibilizar el pasado y el futuro, vivir intensamente una larga experiencia y convertirla en ciencia; conciliar con una concepción dinámica la coexistencia de la vida de hoy, en la ciudad de ayer; que el mercado vuelva a serlo, que la vivienda se mantenga, como elemento vital que junto a otras funciones impidan que, a pesar de guiarnos los mejores propósitos, la ciudad vieja se transforme en la ciudad fantasma, en la ciudad museo, lo cual resultaría la negación misma del nobilísimo proyecto que concebimos de una ciudad para vivirla y no solamente para ser vista.

Hoy La Habana Vieja es una obra sustentable; produce su propio sustento material y está proyectada hasta el detalle por un Plan Maestro, por una concepción de que hay que hacerse fuerte en el espacio —algo así como la palanca del griego— para desde allí mover el mundo. Hemos devuelto la vida a cada recinto en todas sus manifestaciones, como digno hábitat en que proliferan escuelas, instituciones culturales y de salud. Y como rompecabezas multicolor se va armando, construyendo y reedificando ante el asombro, a veces, de la opinión pública, la imagen de la ciudad que, revivida, devuelve una página perdida al libro de la historia universal.

No debe perderse de vista que las ciudades siempre son una acumulación sorprendente de realización.

Son obras de generaciones sucesivas, donde cada una expresa sus propósitos: en la arquitectura, en el urbanismo, en las manifestaciones de la cultura, en las obras públicas. También lo más importante es lo que existe dentro de la ciudad; esto es, la gente, sus formas de vida, sus costumbres..., todo eso suma la identidad. La cuestión medular está en haber proyectado y llevado a vías de hecho una labor que concilia la restauración de monumentos con la acción social y comunitaria.

En este sentido, mantener el carácter residencial en nuestro espacio urbano, según los parámetros apropiados de habitabilidad y calidad de vida, en un ambiente donde se vincule directamente la población a la labor de restauración, es uno de los objetivos que más vigilamos, por lo que condiciona cada proyecto o acción ejecutada.

Hemos tenido el valor político de hacer nuestra obra transformadora trayendo a los turistas a un centro histórico habitado, sin temor ninguno, a dialogar y a convivir en el seno de una comunidad, porque tal vez el mestizaje que nos define, la condición insular que en épocas pasadas limitaba la comunicación, generó en nosotros esa curiosidad permanente, ese sentido tan propio de la hospitalidad.

Pero el turista que llega a La Habana no ha de presuponer que ha venido a asomarse a una vitrina del pasado, ni para contemplar, como si se tratara de un espejismo, lo que otrora fuimos. El visitante de otro lugar del mundo que llega al Centro Histórico puede apreciarnos tal cual somos, con nuestras virtudes y defectos, pero nunca afirmar que le hemos construido una «realidad» turística, como suele suceder en otros sitios, cuya población oriunda ha sido desplazada por la especulación inmobiliaria.

Ahora la obra de rehabilitación ha vencido una buena parte del camino impuesto en los primeros tiempos, dejando a su paso conjuntos y sitios urbanos totalmente reanimados. Las acciones realizadas han mejorado las condiciones de vida de la población mediante cambios que favorecen el medio ambiente, el desarrollo cultural y turístico, la revitalización de los valores históricos y arquitectónicos...

Aunque el verdadero patrimonio material y espiritual reside en la propia obra de toda la humanidad, en el

legado —sin omisiones— de todos los pueblos, la obra en la que estamos empeñados se eleva día a día ante los ojos de quienes recorren nuestras calles y plazas, con el ánimo de descubrir la misteriosa maravilla de una ciudad que sólo se revela a quien sea capaz de amarla, si bien ante ella no ha de quedar indiferente nadie.

El patrimonio es aquel perfume, el noble e inigualable resplandor que no es otra cosa que las ilusiones, el sueño, la fantasía, la búsqueda incesante de la belleza, aquel derecho del hombre que, aunque no escrito, es tan importante como el pan o la justicia.

Preservar es la palabra justa para definir nuestro empeño. Inspirados en la idea de salvaguardar la memoria social de la historia, constantemente invocamos el numen que ha de guiarnos en nuestra tarea de fundar y sostener cada palmo rescatado del olvido.

Soñamos con el mejor destino para nuestra ciudad, y trabajamos con denuedo por conservar sus encantos, avizorando el futuro. Lo importante es no olvidar, rescatar nuestra memoria colectiva a cada paso, y estar conscientes de que las generaciones venideras nos juzgarán por aquello que no hicimos en aras de preservar un espacio clave de la historia patria.

En estos momentos contemplo a La Habana como una urbe que bajo el velo del deterioro nos va revelando sus encantos nuevamente, y ya sea por el avance de su Centro Histórico, o por las acciones de mantenimiento y restauración que se realizan en diversos puntos, nos ofrece una visión muy esperanzadora.

CASABLANCA, PLAZA, MIRAMAR Y CENTRO HABANA.

Lo verdadero, lo grande, lo fundamental es que toda acción humana tiene que estar respaldada por una gran idea, y las grandes ideas pueden parecer a los ilusos y a los extraños un sueño, pero el sueño es la utopía, y la utopía es la máxima aspiración del hombre. Cuando no existe un sueño, el hombre, el ser humano, ha dejado de existir.

Como historiador de oficio, haber sobrepasado los límites del mero ejercicio académico y tocar con mis manos las piedras, bruñir los herrajes de un portón antiguo; asistir a los innumerables descubrimientos arqueológicos de esta zona de La Habana; contemplar de cerca y acariciar las banderas que simbolizaron los anhelos patrióticos e independentistas de Cuba; diseñar y ver crecer un modelo de gestión para el Centro Histórico que toma a sus pobladores como eje y esencia de todo accionar, ha sido un privilegio que sé —y lo valoro en sus prerrogativas— es poco frecuente.

Mi voz es la de un guardián del espíritu, la de un defensor de las piedras, de todo aquello que por momentos parece que cederá al paso inexorable del tiempo. El sentimiento de amor a nuestra tierra sólo florecerá mediante el cultivo constante de la memoria, de ahí que sea ella nuestro máspreciado y excelso privilegio.

Si algo me gustaría en esta vida que me ha sido dada, y que ya se alarga, es poder asistir el mayor tiempo posible a esa resurrección de una ciudad que sigue robándose a diario —sin que haya queja alguna de mi parte por



Ilustración 2. Hotel Santa Isabel. Sustentabilidad Económica. Antes y Después.



Ilustración 3. Escuela y Vivienda. Obra Social y Comunitaria. Antes y Después.

sus exigencias— todas las energías, y poniendo duras pruebas a mi voluntad de servirla.

La Isla nos invita y yo hago particularmente mío ese deseo a conocerla y a amarla. No la vean con ojos judiciales, sino con ojos de amor. Hay mucho por hacer, pero habita en su interior, invisible para algunos, pero real y palpable para mí, el corazón de una generación nueva que hará suyos los sueños y quimeras de la que ya se extingue. Ellos lucharán por restaurar esta isla, por levantarla, por que sea por siempre la más bella. Triunfará, sin lugar a dudas, este deseo romántico, que es la única fuerza salvadora.

En definitiva, defender la utopía, convertirla en realidad viva y palpitante, es expresión de madurez y de grandeza moral. En ese espacio de la ética cubana habitamos.



Ilustración 4. Plaza Vieja. Antes y Después.



Ilustración 5. Algunos de los sitios restaurados fuera del Centro Histórico. Casablanca, Plaza, Miramar y Centro Habana.

Autores:
Eusebio Leal Spengler

Historiador de La Habana.

América Patrimonio es una revista internacional de estudios del patrimonio. Se publica dos veces al año, y en cada edición se aborda un tema específico.

América Patrimonio aborda la temática patrimonial de manera inter y multidisciplinar y convoca la opinión y el trabajo de todo un continente entorno al vasto patrimonio que nos rodea.

Esta publicación está orientada a profesionales, académicos y la comunidad en general que se interese por los temas del patrimonio con el objeto de contribuir al campo disciplinar, a través de la publicación de una selección de artículos internacionales.

América Patrimonio es una revista independiente de carácter digital. Es una publicación a nivel iberoamericano, con un Comité Editorial transversal, integrado

por representantes de los países participantes de la región. Los artículos y comentarios publicados son de exclusiva responsabilidad de sus autores. Los textos solo podrán ser reproducidos completa o parcialmente previa autorización de la Dirección Editorial de América Patrimonio.

Cualquier colaboración debe concordar con las normas establecidas por América Patrimonio.

Todo contacto debe dirigirse a: Revista América Patrimonio, Merced 32 of. 41, Santiago, Santiago de Chile.

Tel.: (56-2) 26335999 y E-mail: [comiteeditorial@](mailto:comiteeditorial@americapatrimoniocultural.org)

americapatrimoniocultural.org

edicion@americapatrimoniocultural.org

Heritage America is an international journal of heritage studies. It is published twice a year.

Heritage America addresses its main objective as an inter and multi-disciplinary subject, and calls the view and the work of all professionals of Iberoamerica.

This publication is aimed at practitioners, academics and the wider community interested in the themes of and the dissemination of the Cultural and Natural Heritage through the publication of a selection of international articles. Heritage America is an independent magazine.

It is a publication with a transverse Editorial Committee, comprising representatives of the participating countries of the region. Articles and reviews published are the sole responsibility of their authors. The texts may only be reproduced fully or partially prior authorization from the Editorial direction of American heritage.

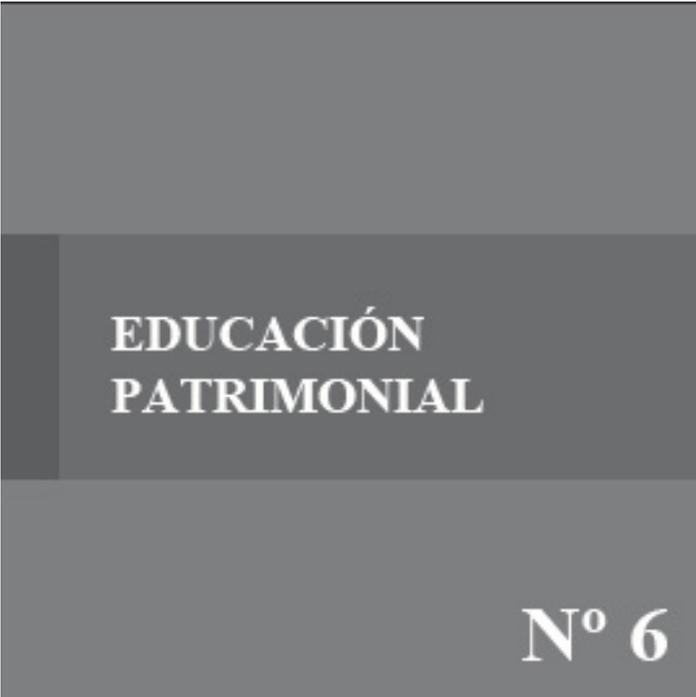
Any collaboration must be consistent with standards set by American heritage.

All contact should contact magazine American heritage, Merced 32 of. 41, Santiago, Santiago Chile.

Tel.: (56-2) 26335999 and E-mail: [comiteeditorial@](mailto:comiteeditorial@americapatrimoniocultural.org)

americapatrimoniocultural.org

edicion@americapatrimoniocultural.org



EDUCACIÓN
PATRIMONIAL

Nº 6

La educación patrimonial, sea como interpretación o difusión, es una actividad que cada vez tiene más importancia en la protección, conservación y gestión patrimonial. Los museos y los parques nacionales han sido pioneros en tratar estos temas, pero de manera creciente la educación formal los incluye como objetivos transversales en los programas escolares. En las últimas décadas hemos asistido a cambios importantes en esta materia, por ello es interesante conocer y difundir nuevas técnicas, métodos y experiencias al respecto. La revista América Patrimonio se complace entonces de convocar a todos aquellos que quieran presentar sus trabajos en esta temática.

AMÉRICA

PATRIMONIO CULTURAL

AMÉRICA

